



*Patio de honor de la Nueva Cancillería del Reich, en Berlín. Arquitecto, Albert Speer.*

tos de una política, en tanto que representan un poder y una autoridad francos. Sin embargo, el predominio de lo político no es nuevo en la arquitectura monumental; es completamente distinto de lo antitradicional y anti-histórico. La mayoría de las veces ha sido el soberano o el príncipe el que construyó en estilo monumental y el que trazó el camino de las épocas arquitectónicas. Y en los casos en que no fué así, siempre la tónica se dió por alguien investido de la más alta autoridad. A veces eran los copartícipes de una autoridad fraccionada y subdividida, cuyos ejemplos pueden verse constituídos por El Escorial, por una parte, y las catedrales españolas, por otra. Autoridad suprema significa aquí no otra cosa que el derecho y la fuerza para dar formas creadoras o llevar a cabo profundas transformaciones en la comunidad

nacional, considerada como un todo en la totalidad de sus factores vitales, todo lo cual es perfectamente accesible a la mano ordenadora. No es necesario caer por esto en misticismo alguno para ver que la política creadora es, en este sentido, lo mismo que un arte constructivo y dirigido. Sólo la gente superficial ve como un capricho anecdótico del azar el que el Führer de la Nueva Alemania —como nos dicen sus colaboradores más íntimos— posea un genio arquitectónico que cultiva con fructífera pasión.

Para ganar amplitud y formar un estilo, es decir, para servir de modelo elástico y capaz de adaptación, tal arquitectura monumental ha necesitado siempre, en efecto, de aquella cooperación, que en la vida sólo puede ser lograda por la armonía con la autoridad. ¿Cómo denominar aquí a aquellos que, animados